

el historiador don Juan Ferreras, con el sabio orientalista fray Juan Interian de Ayala y con otros varones insignes en doctrina y autoridad, á la fundacion de la Academia Española, y fué el tercero de los académicos inscritos en esta esclarecida corporacion. Caballero de la orden de Santiago (1), oficial mayor de la secretaría de Estado, secretario del Rey y su bibliotecario mayor, secretario de la presidencia del Consejo de Castilla, no le faltaron, como se ve, altos honores y testimonios de confianza de su patria y de su soberano. Fué una de las personas más dignas y más respetadas de su tiempo. Vivió como un asceta, y en Enero de 1714 murió, como un santo, en la casa misma del Duque de Montellano (2).

L. A. DE CUETO.

II.

DEL SEÑOR DON ANTONIO FERRER DEL RIO, DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

(Revista Española, número 4.º; 18 de Mayo de 1862.)

Oriundo este varon ilustre de Portugal, por la linea paterna, y nieto del célebre cronista de Aragon, don José Pellicer de Tovar, por parte de madre, nació el 26 de Abril de 1662 (3), en la ciudad de Sevilla. Huérfano quedó poco despues de acabar las primeras letras; casi abandonado á su voluntad exclusiva, no la tuvo grande para el estudio, y hallóse mozo, con natural estro y en trato familiar con las Musas. A camino le llevaron de perdicion el ocio, la boga que tuvieron sus poesias entre las damas sevillanas, el engreimiento de ser como el galan á la moda; su índole era excelente, por fortuna, y así los devaneos juveniles no pasaron á vicios. Muy cerca andaba de los treinta años cuando se resolvió á mudar de costumbres, tocado en el corazon á consecuencia de asistir á unas santas misiones; y segun datos fidedignos, lo hizo de suerte, que desde entónces no se le vió más el color de los ojos, y se le pudo comparar á un capuchino entre las profanidades del mundo.

Bajo la proteccion y en la casa del Duque de Montellano, se entregó con pasion verdadera á

valió para formar la *Coleccion de las poesias de Alvarez de Toledo*. No menciona siquiera el códice que existe en la Biblioteca Nacional (M, 65) con este título: *Poesias varias de don Gabriel Alvarez de Toledo y Pellicer, bibliotecario mayor de su majestad; recogidas por don Miguel Josef Vanhasil, secretario del excelentísimo señor Duque de Alburquerque; 1741* (226 páginas).

Este manuscrito y otros que hemos tenido á la vista son ménos copiosos que la coleccion publicada por Torres; pero su texto es, por lo comun, más correcto, y contienen algunas composiciones de escaso mérito, que no entraron en la coleccion impresa.

(1) En 1703, á instancias del Duque de Osuna, se le conmutó el hábito de Santiago en el de la orden de Alcántara.

(2) Don José de Villaroel escribió doce décimas á la muerte de ALVAREZ DE TOLEDO, con este título: *Epitafio al sepulcro de don Gabriel Alvarez de Toledo, varon docto, en siete lenguas perito, historiador ilustre y poeta insigne*. ¡Ciento veinte versos para un epitafio! En aquellos tiempos los poetas arrostraban la impropiedad en formas y en ideas, con tal que hallasen ocasion para hacer gala de originalidad y de agudeza. Las décimas son, cuanto cabe serlo, afectadas y conceptuosas. Copiarémos solamente dos de ellas, que

denotan la alta opinion de sabio y de místico de que gozaba ALVAREZ DE TOLEDO. Alude la primera á la general creencia de que habia acelerado su muerte el exceso del estudio y los hábitos sedentarios.

¡Oh noble, insondable abismo
De ciencia!... pero cruel,
Que todos viviesen del,
Y él muriese de sí mismo!
Dudará el catolicismo,
Al mirar que pudo unir
Ciencia y virtud al vivir,
Y en ambas resplandecer,
Si fué morir por saber,
Ó fué saber por morir.
Aun te excitará al dolor
De esta piedra el resistir,
En quien el mayor sentir
Es no sentir lo mayor.
Tú, peregrino, el fervor
Con palabra y obra inscribe.
Cadáver heroico exhibe
Aquí esta marmórea tabla:
Ve cómo vives, que áun habla;
Mira cómo hablas, que áun vive.

(*Poesias inéditas de don José de Villaroel*.—Coleccion del señor don Pascual de Gayangos.)

(3) No es exacta esta fecha. Nació DON GABRIEL ALVAREZ DE TOLEDO, segun puede verse en el anterior apunte biográfico, el día 13 de Marzo.

resarcir los años perdidos, y sin otra guía que su privilegiado talento, perfeccionóse en el latin y lenguas orientales, y en los idiomas frances, aleman é italiano; se impuso en los sistemas filosóficos antiguos y modernos; de historia sagrada y profana supo mucho, y de teología aprendió tanto, que se le tuvo por maestro de nota. Aun llamándole *teólogo de corbata* uno de sus adversarios, y refiriéndose al tiempo en que su protector fué presidente del Consejo de Castilla, y le sirvió de secretario, nos revela que su oficina estaba llena de libros latinos, franceses y alemanes; que los adornos de las paredes eran papeles con caracteres hebreos; que sobre la nueva filosofia de Descartes y el curso de Regis hacia siempre versar las conversaciones, y que así pasaba las horas.

De caballero de Alcántara se cruzó el año de 1705, á pesar de su abstramiento de las cosas mundanas, y tambien fué bibliotecario mayor de S. M. y oficial de la secretaría de Estado. Al Marqués de Villena se asoció desde el primer día para la fundacion de la Real Academia Española, á la par que daba á la imprenta un libro notable y titulado *Historia de la Iglesia y del mundo, que contiene los sucesos desde su creacion hasta el diluvio*. Sus aprobadores fueron teólogos eminentes, y lo celebraron con justicia. Impreso está en un tomo en fólio, y dividido en dos libros; de la creacion trata el primero, y por el conato del demonio para perder al hombre, empieza el segundo. Piadosamente dedicólo *Al Rey inmortal de los siglos, Cristo Jesus, principio y fin de todas las cosas*. Por remate puso muy eruditas disertaciones *Sobre el sitio del paraíso; Lengua primitiva; Estacion en que fué criado el mundo; Variedad del cómputo de la Vulgata y de los Setenta*.

Aun recibia el autor los plácemes de las personas doctas, cuando enfermó de peligro y supo que álguien iba á escribir en contra suya; y como se brindase un amigo á hacer la apología de la obra en tal caso, le respondió estas literales palabras: «Si hablan contra la persona, como tendrán razon, no hay defensa; si contra la doctrina, los autores que cito responderán, si los leen; si contra el estilo, me ha parecido convidar al deleite de los tibios, para que bebiesen la moralidad; si contra algunas voces no vulgares, todas las he visto en autores castellanos de buena nota; y así, guarde usted la pluma para emplearla mejor que en mi defensa.»

No le fué dado practicar por sí tal conducta, pues falleció el 17 de Enero de 1714, todavia de buena edad y muy llorado por sus amigos numerosos y por los muchos pobres á quienes socorria caritativamente. Su plaza fué la primera vacante en la Academia Española, para la cual hizo la planta de los Estatutos, y se ocupaba en el exámen de las crónicas de los reyes de Castilla desde san Fernando hasta Fernando V, á fin de autorizar la buena acepcion de las voces.

Calientes estaban aún las cenizas del primer académico difunto, cuando se empezó á difundir la impugnacion anunciada, bajo el título de *Carta del maestro de niños*, y suponiéndola impresa en Zaragoza. Victoriosamente fué rebatida por el que habia empeñado al autor la palabra de salir en apoyo de su libro. Con el pseudónimo de *Encio Anastasio Heliopolitano*, y como impresa en Leon de Francia, dió á luz una *Apologia joco-seria por la Historia de la Iglesia y del mundo*, bajo el título de *Palacio de Momo*. A fin de que se comprenda el espíritu del impugnador, malévolo y poco feliz en su censura, me parece oportuno citar uno de sus pasajes, y la réplica á que dió motivo.—*De las dotes y naturaleza de los ángeles*, se titula el capítulo segundo de la obra; lleno de ufanía, se expresó el crítico de esta suerte: «No digo nada de *las dotes*, porque, aunque en castellano es masculino, estará ya resuelto en la Academia mudarle el género, quizá por ser femenino en latin.»—A lo cual respondió el apologista en esta forma: «*Las dotes* es femenino en latin y castellano, aunque éste le dé alguna vez artículo de género impropio, y diga *los dotes*. De una y otra manera se halla escrito en autores de buena nota, y el antiguo refran *Una buena dote ó dos medianas*, le da su propio artículo ántes de la fundacion de la Academia, que tan repetidamente nombras; y es mucho te saborees con lo que te amarga; ella te dará reglas á tu tiempo, aunque hagas mal gesto, *é imites al perro, que ahulla y ladra, mordiéndolo las puertas de la casa donde no puede entrar*.»—A la Academia Española iba pues en realidad el tiro, como se ve más de manifiesto en otra crítica de la misma pluma que la antecedente, titulada *Jornada de los coches de Madrid á Alcalá, ó satisfaccion al Palacio de Momo*. Allí supuso á la Academia el pensamiento de corregir el idioma; con apodos quiso ridiculizar á sus individuos, y hasta esforzóse en procurar que se dieran por ofendidos los castellanos de que los hubiese naturales de Andalucía, de Extremadura, de Galicia, y aun de alguna de las islas

de Italia. Un tomo en 4.º forma cada uno de estos papeles, y todos comenzaron á circular el año mismo de la defuncion de ALVAREZ DE TOLEDO, en cuyo favor se declararon los varones de más literatura.

Al decir de su apologista, de las obras en prosa y verso de su pluma se podian hacer muchos tomos. Sus *Obras póstumas poéticas* salieron al público en Madrid, y de la imprenta del convento de la Merced, el año de 1744, gracias á la diligencia del conocidísimo doctor don Diego de Torres, y á los duques de Montellano y Sotomayor, que las habian consevado esmeradamente en sus bibliotecas. Místicas son muchas de las poesias, y entre ellas merecen especial mencion los *Afectos de un moribundo hablando con Cristo crucificado*, la *Paráfrasis del Miserere*, y las *Endechas á su pensamiento*, sin duda escritas cuando se propuso mudar de vida.

Cualquiera octava de los *Fragmentos del poema intitulado la Burromaquia* serviria para demostrar su agudeza en el género festivo, de que se valió tambien para felicitar á su protector, el Duque, en ocasion de cumplir años. Sus romances á la muerte de la primera esposa de Carlos II; consolando á España por la de este príncipe sin ventura; al gentil-hombre despachado por Felipe V con la noticia de la batalla de Luzzara, sobre lo mucho que tardó en la venida, y su soneto á la quema de Játiva, determinan perfectamente que le deleitó la poesia aun despues de sus mocedades.

MÁS NOTICIAS

SOBRE DON GABRIEL ALVAREZ DE TOLEDO.

Ocho fueron los individuos que á 6 de Julio de 1715 se asociaron privadamente para fundar la Academia Española; tres más asistieron á la junta de 3 de Agosto del mismo año, que es la primera de que se hace mencion puntual en los libros de actas. Por el orden siguiente figuran los once señores: don Juan Manuel Fernandez Pacheco, marqués de Villena y verdadero fundador de la corporacion illustre, de quien realmente no consta que escribiera nada, pero sí que sabia mucho; don Juan Ferreras, cura de San Andres, y bien conocido por la *Sinopsis histórica cronológica de España*, en diez y seis tomos; DON GABRIEL ALVAREZ DE TOLEDO, á quien se refieren estos apuntes; don Andres Gonzalez de Barcia, abogado célebre por entónces, consejero de Castilla poco más adelante, y entendido colector de varios de nuestros historiadores de Indias; fray Juan Interian de Ayala, religioso de la Real y militar orden de la Merced y Redencion de cautivos, predicador eminente, no contaminado por el mal gusto que á la sazón reinaba en la oratoria, y cuyo libro más notable es, sin duda, *El pintor cristiano y erudito*, no debiéndose tampoco omitir que tradujo el *Catecismo* de Fleuri al castellano; el padre Bartolomé Alcázar, de la Compañía de Jesus y cronista de su instituto, versadísimo en divinas y humanas letras, autor de la *Chrono historia de la Compañía de Jesus en la provincia de Toledo y de sus varones ilustres*; padre José Casani, tambien jesuita, maestro de matemáticas y sobresaliente en literatura, entre cuyas producciones se cuenta la *Escuela militar de fortificacion ofensiva y defensiva, arte de fuegos y de escuadronar*, y el *Tratado de la naturaleza y origen de los cometas, con la historia de ellos*; don Antonio Dongo Barnuevo, corregidor de Villanueva de la Jara y de Inhiesta, y posteriormente bibliotecario, de quien existe una *Paráfrasis del responsorio de san Antonio de Padua*, en octavas reales; don Francisco Pizarro, marqués de San Juan y distinguidísimo traductor de la tragedia de Corneille titulada *Cinna*; don José de Solís y Gante, marqués de Castelnuovo, en seguida conde de Salduña, y por último duque de Montellano, autor de un *Romance endecasílabo, detestando la bárbara política de Ptolomeo en la accion de cortar la cabeza á Pompeyo*; y don Vicencio Squarzaligo Centurion y Arriola, señor de la Torre del Pasaje, buen matemático y autor de una *Disertacion, pretendiendo probar que para el más perfecto uso de las voces es conveniente arreglar la ortografía de ellas á sus orígenes*.

Para dar mejor á conocer á DON GABRIEL ALVAREZ DE TOLEDO, bueno es citar estos dos cortos pasajes de su apologista: «¡Diabólico llamas á un varon ejemplar, cuya sola presencia edificaba-

á quien prudentemente impedia su padre espiritual los fervorosos excesos de su penitencia, bien escondida en una natural alegría y jocosidad, y de quien no se oyó palabra ofensiva, estudiando lo más perfecto!....» «Parciales de mi autor eran cuantos le conocian y trataban. Enseñaba sin magisterio ni soberbia. Ocultaba su erudicion cuanto lo permitia la urbanidad del trato civil. Nada despreciaba de lo que oia, y en la amigable y dulce modestia del trato se insinuaba á la benevolencia comun y al aprecio y veneracion de todos.»

POESÍAS.

SONETOS.

I.

La soberbia es el principio de la idolatria.

¿A quién doblas la bárbara rodilla,
Necio inventor de simulacros ciento,
Si en religion hipócrita, es tu intento
Máscara vil del culto que se humilla?
Tuya es la estatua que en el sólio brilla,
Pues esclavo su númen de tu aliento,
Cuando abrazas postrado el pavimento,
Parte contigo la soberbia silla.
En la torpe deidad que en mármol mientes,
Sacrilego cincel deja descritos
De tu pecho los monstruos diferentes;
Que el execrable aplauso de tus ritos,
Celebrando deidades delinquentes,
Quiere hacer adorables tus delitos.

II.

La muerte es la vida.

Esto que vive en mí, por quien yo vivo,
Es la mente inmortal de Dios, criada
Para que, en su principio transformada,
Anhele al fin de quien el sér recibo.
Mas del cuerpo mortal al peso esquivo,
El alma en un letargo sepultada,
Es mi sér en esfera limitada,
De vil materia misero cautivo.
En decreto infalible se prescribe
Que al golpe justo que su lazo hiere,
De la cadena terrenal me prive.
Luego con fácil conclusion se infiere
Que muere el alma cuando el hombre vive,
Que vive el alma cuando el hombre muere.

III.

A Roma destruida.

Caíste, altiva Roma, en fin caíste,
Tú, que cuando á los cielos te elevaste,
Ser cabeza del orbe despreciaste,
Porque ser todo el orbe pretendiste.
Cuanta soberbia fábrica erigiste,
Con no menor asombro despenaste,
Pues del mundo en la esfera te estrechaste,
¡Oh Roma! y sólo en tí caber pudiste.
Fundando en lo caduco eterna gloria,
Tu cadáver á polvo reducido,
Padron será inmortal de tu victoria;
Porque siendo tú sola lo que has sido,
Ni gastar puede el tiempo tu memoria,
Ni tu ruina caber en el olvido.

IV.

Al rey nuestro señor don Felipe V, en ocasion de la victoria que han logrado sus armas.

¿Triunfas ó lidias, héroe venturoso?
Pues compitiendo glorias con Alcides,
Aun permitir no quieres á tus lidias
El instante infeliz de lo dudoso.
Si vence tu semblante belicoso,
Con la victoria la victoria impides,
Pues dejas, con los rayos que despides,
Todo el furor de la cuchilla ocioso.
Mas ¿qué mucho, si el Rey omnipotente,
De tu causa custodia militante,
Tu derecho asegura permanente,
Haciendo su justicia vigilante,
Pluma de sus decretos diligente
El filo de tu espada fulminante!

ROMANCE ENDECASÍLABO.

Al martirio de san Lorenzo

Convoca ¡oh Romá! de tu luz antigua
Los astros, que con fúlgidos ardores,
De la atmósfera opaca de diez siglos
Disipan claros la prolija noche.
El que robado á la severa curia
Del fuego sacro en fulminantes orbes,
Al obsequio negó de sus quirites
De su polvo supremo los honores;
El que á enemigas huestes numerosas
Su sin igual esfuerzo sólo opone,
Y hace del Tiber al cristal suspenso
Lámina escasa á contener su nombre;
Aquel que logra en desigual arena,
Rendidos los albanos Geriones,
Que de su acero el insidioso filo
La consanguínea púrpura colore;
El que burlando con ardid valiente
Del gálico Tifeo los furoros,
Del yugo infame, que á la patria quita,
Ciñe á su cuello la memoria noble;
El que del ronco pájaro de Juno,
Cuando los gritos vigilantes oye,
Libra, en la noche, el furor de Breno
Del Capitolio las cautivas torres;
El que, depuesta la purpúrea veste
Del patrio suelo en la riqueza pobre,
De laureada reja al noble surco,
Siembra virtudes, y victorias coge;
El que á las negras aras de Megera
Víctima voluntaria se propone,
Porque el marcial oprobio de sus huestes
La illustre tinta de su sangre borre;
El que purgando en fuego religioso
De su diestra los inclitos errores,
Fénix eterno de la pira etrusca,
Glorias alcanza, que la fama robe;
El que, domando con prudencia suma
Del caudillo africano los ardores,

Robó á su Livia perezosas ramas,
Que en círculo triunfal sus sienas orlen;
El que, humillando, cual felice Marte,
De Cartago las altas presunciones,
Columna opuso á la cadente patria
En el sosten glorioso de su nombre;
Aquel por quien en Táranto deshechos
De Pirro los lunados batallones,
El animal turrigero del Ganges
Le rinde al Tíber la cerviz indócil;
Corto teatro para grande asunto
Le darás á mi voz, aunque revoques
De la quietud de tu soñado Elisio
La corona triunfal de tus héroes.
Un hombre solo, desarmado, herido,
Desde la liza de inflamado bronce,
Con plácido semblante menosprecia
El armado furor de tus legiones.
No teme, aunque el sacrilego combate
Auxiliares sus águilas convoquen
Los inicuos ejércitos que alista
La antorcha funeral de Tesifone.
No es éste, no, de los varones fuertes,
Que al duro afán de bélicas labores,
En las bruñidas láminas que visten,
Sólidos miembros les prestó Mayorte.
No es de los mercenarios que á tu insignia
Consagrando su furia y sus rencores,
Con rostro alegre las compradas almas
Al juego incierto de la guerra exponen.
No del Rifeo (1) en la silvosa cumbre
Compañero insensible de sus robles,
En fiera hueste el congelado soplo
Arrostró de los recios aquilones.
No los destellos del ardiente sirio
Sufrió en los senos de la Livia, donde
La sangre abrasa y envenena el pecho
La luciente ponzoña de sus soles.
En vez de las defensas aceradas,
Duros testigos del afán del Bronte,
Viste nevado lino, no más puro
Que lo son de su pecho los candores.
Al pueblo religioso que le atiende,
Ministro fiel de anciano sacerdote,
El pasto, que es palabra, le reparte;
La palabra, que es pasto, le propone.
Laurencio: ya su nombre, en fiel presagio,
Es emblema feliz de sus blasones,
Tejiendo la corona de sus triunfos
Los sagrados laureles de su nombre.
Laurencio, que del clima celtibero
Rama fecunda floreció los bosques,
Y hoy trasladada á tus latinos campos,
Sombra sagrada le previene al orbe.
Este burla con santa inobediencia,
Que del poder soberbio el yugo rompe,
Preceptos viles, que su fuerza pierden,
Por ser de ley suprema transgresiones.
Mira cómo, á pesar de los tormentos,
Constancia muestra el desangrado joven,
Y en la voz inmortal de sus heridas
Del yerto labio los silencios rompe.
De los rasgados miembros fugitiva,
Ya no domina el alma al cuerpo informe,
Y en el fatal asedio, apenas guarda
Del corazón la defendida torre.
Peso felice del mortal ecúleo (2),
Del torno intentan los volubles orbes
Que á la violencia inútil crezca el cuerpo,
Porque el gigante espíritu se acorte.
Ya al duro corazón del juez inicuo
De Aleto agita el viperino azote,
Y rencor infernal corre en su pecho,
Escribiendo en la frente sus furiosos.
Ya manda, porque el sueño de las Parcas
Selle los ojos del feliz héroe,
Que en la mentida imagen del sosiego
Inauditos martirios le coloquen.

(1) Montaña situada, según la geografía antigua, al norte de la Escitia, hacia el origen del río Tanais.

(2) Ecúleo, potro para atormentar.

De ardientes barras hórrida palestra
Oculta el triunfo y el tormento expone;
Porque en el oro de su fe quilaten
Del ruginoso lecho los crisoles.

Aspero aliento de rabioso labio
Enardece del fuego los furiosos,
Y él con fugaces círculos desprecia
Del impio cebo la materia torpe.
A la voraz hoguera no consiente
Que á la inocente víctima devore,
Porque al improbo altar de sus enconos
El mundo rinda eternas oblacones.

Ingeniosa crueldad modera el fuego,
Para que los tormentos que dispone,
De los confines de la vida pasen,
Sin que la línea de la muerte toquen....

Más de otro fuego la celeste llama,
Que, sagrado volcan, el pecho esconde,
Con incendios seráficos consume
Del material incendio los ardores.

Escucha cómo el inocente reo,
Fiscal sagrado de su juez enorme,
Con la ardorosa llama de su labio
Más articula rayos que razones:
«En vano con sacrilego coraje,
Ciego cultor de tus soñados dioses,
Intentas que en mi pecho acrisolado
La fe sagrada los suplicios borren.

»Burla fácil serán de mi constancia
Aduncos peines (3) y dentados orbes,
En cuyas puntas hórridas la muerte
Es lo ménos mortal que se propone.

»No al hierro ni á la llama se permite
Que los arcanos de la mente violen,
Donde el dedo de Dios Omnipotente
Único escribe su sagrado nombre.

»El frágil sér no atacas de Laurencio,
Ni la flaqueza mísera del hombre;
Del corvo acero y del fatal ecúleo
Serán ociosas las sangrientas voces.

»Aquel que vive en mí, por quien yo vivo,
Inspirando su aliento en mis temores,
A la cera inconstante de mi pecho
Constancia infunde, que respeta el bronce.

»Tal, despreciando el ceño de Neptuno,
De escollo antiguo la constancia inmóvil,
Rotas las ondas en su activa frente,
Son de su pié rendidas sumisiones....

»Los tesoros que anhela tu codicia,
Ya están seguros en erario adonde
Ni tenebrosa insidia los usurpa,
Ni peste asoladora los corrompe.

»El pálido metal, que debió vida
Del profano carácter á los moldes,
En el sello viviente del Cordero
Mejora el precio y diviniza el nombre.

»Ya le atesora pródiga codicia
Entre las manos de los ricos pobres,
Que de gloria inmortal en santa usura,
Recibiendo nos hacen sus deudores.

»Campo es feliz la mano del mendigo,
Y el áureo grano que su seno esconde,
Miés que burlando la segur tirana,
Colma fecundo las empresas trojes.

»Y tú, supremo Autor, á quien mi mente,
Que de su esencia esencia te conoce,
En oblacion eterna se consagra,
Holocausto feliz de ardor más noble.

»Ya, Señor, que al espíritu cautivo
Desatas las orgánicas prisiones,
De los festivos himnos de la patria
Oiga el destierro las alegres voces.

»Suma Deidad, que, eterna, inaccesible,
Los mundos riges en tu trono inmóvil,
Siendo el glorioso exceso de tus luces
Sagrado velo que tu sér esconde;

»Tú, que del siempre en el feliz ahora,
De inmensa soledad inmensa córte,

(3) Peines aduncos, peines retorcidos. Instrumentos de puntas aceradas con que los tiranos mandaban atormentar á los santos mártires.

»Turbando al polo su quietud eterna,
Se desaten los caspios aquilones,
Desvaneciendo las opacas nieblas
Que formaron idólatras errores.»
Así dijo; y el alma desatada,
En instante que tiempo desconoce,
En las sidéreas bóvedas que pisa,
De su voz los divinos ecos oye....
Ya suena el aletuya sempiterno
De la Salem angélica en los montes,
Y á las voces que nunca se fenecen,
Ecos de gloria eterna corresponden.
Ya del Cadés querúbico las palmas
Llenan la diestra del triunfante jóven,
Y del empero Elisio los laureles
Forman guirnalda que su sien corone.
Fénix sagrado de la celeste llama,
Cercado de divinos resplandores,
Es para siempre en el altar del cielo
Levita del eterno Sacerdote.

FRAGMENTOS DEL POEMA INTITULADO LA BURROMAQUIA.

REBUZNO PRIMERO.

Si vizcainado merecí algún día
Tu burramén, Garnica, pardicano,
Concédele á mi cantabra poesía
El ronco acento del mejor paisano;
Emula del relincho tu armonía,
Escuche alegre el espacioso llano,
Y el valle que en sus parvas le alimenta
Filomena cuadrúpeda le sienta.
Cuadrúpeda será, pero canora;
Dígalo cuando al fin de la jornada,
Su olfato aplaude, si su vista ignora,
El anuncio feliz de la cebada;
Dígalo en los destellos de la aurora
La gallicina música emulada,
Haciendo su rozante melodía
Trompa burrútil, que despierta al día.
Oiga el claro rebuzno de la fiera
Pompa de la Cantabria la corriente
Del Vidaso, que guarda en su ribera
De su huella el carácter elocente;
De hierro blando más que su mollera
Armada, le oiga la indomable gente,
Porque atruene los términos del mundo
Del rozuido canoro el són profundo.
Donde oprime Sandalia victoriosa
Del lívico Neptuno el espinazo,
Para ser en su esfera procelosa
De vagas quillas útil embarazo,
Isla yace el Austro venturosa,
Del gran coturno mínimo retazo,
Que ya del asno á la memoria clara
Debió el inclito nombre de Asinara.
Si en sus peñascos Itaca escondida,
Al tiempo jacta la duliquia gloria,
Y por ella en el orbe conocida,
Compite á Creta y Chipre la memoria,
A tí, Asinara, deja ennoblecida
Del pardo invicto la inmortal historia,
Por quien felice te formó el destino
Verde lunar del rostro cristalino.
Anciano rey de la region florida
Es asnal paladín, burro africano,
Que á esfuerzos de su espada no vencida,
El cetro ajeno trasladó á su mano;
Borra con su prudencia encanecida
Las notas de su título tirano,
Y arraigados de Dafne los desdenes,
Son verde adorno de sus pardas sienas.
De la reina Burrilda prenda cara
Quedó Archiburro, emulacion de Apolo,
Porque el daño del número vengará,
Creciendo singular, si nació solo;
Pollo real, que de su estirpe clara
Las glorias lleve al contrapuesto polo.